

## **El combate contra las *fake news*: intelectuales en la era de la posverdad**

### **The fight against the fake news: intellectuals in the post-truth era**

Aitor Alzola Molina<sup>1</sup>

**Resumen:** En los últimos años se ha abierto nuevamente un viejo debate. Las publicaciones de Ignacio Sánchez-Cuenca han puesto sobre la mesa el papel que algunos intelectuales están jugando en la difusión de ideas que son poco sostenibles cuando se las confronta con los hechos. De aquí se deriva una cuestión que, si no es novedosa es igualmente importante, a saber, la función de los intelectuales en la sociedad. Asimismo, este problema nos lleva a preguntarnos sobre el estatuto del intelectual, la de su naturaleza. Dicho de otra manera: ¿qué es un intelectual?, ¿qué es lo que hace del intelectual, un intelectual?, ¿dónde encuentra fundamento la verdad que enuncia y lo convierte en una autoridad? La propuesta que presentamos pretende abordar ese mismo problema a partir de la polémica surgida en Francia en los años 80 y que ha pasado a la historia con el nombre de “El silencio de los intelectuales”. Partiendo de la intervención de autores como Jean-François Lyotard, Maurice Blanchot y Michel Foucault, abordaremos las diferentes reflexiones que se desarrollan sobre la naturaleza del intelectual. El objetivo no es otro que aportar algunas claves al debate abierto en la actualidad por Sánchez-Cuenca.

**Palabras clave:** fake news, posverdad, intelectual, Sánchez-Cuenca, Lyotard, Blanchot, Foucault

**Abstract:** In the last few years an old debate has been reopened. The publications of Ignacio Sánchez-Cuenca point out that some intellectuals are playing an important role spreading ideas which are hardly to defend when they are confronted with facts. This question gives rise to another one that is equally important, namely, the question about the function of the intellectuals in society. Also, this problem leads us to ask ourselves about the status of the intellectual. In other words, what is an intellectual? What makes an intellectual to be actually an intellectual? Where does the truth that he claims and turns him into an authority find ground? We will address this problem analyzing the controversy that emerged in France in the 80s and it is known as “The silence of the intellectuals”. We will approach to the different reflections about the nature of the intellectual through the work of authors such as Jean-François Lyotard, Maurice Blanchot and Michel Foucault. Doing so, we aim to provide some key elements in order to deal with the debate currently opened by Sánchez-Cuenca.

---

<sup>1</sup> [aitor.alzola@ucm.es](mailto:aitor.alzola@ucm.es) Investigador pre-doctoral en la Universidad Complutense de Madrid. Este trabajo ha sido posible gracias a la financiación obtenida a través de una “Becas Iberoamérica Santander Investigación” para realizar una estancia de investigación en la CONICET, Argentina.

**Keywords:** fake news, post-truth, intellectual, Sánchez-Cuenca, Lyotard, Blanchot, Foucault.

## I

Un nuevo fenómeno bautizado como *fake news* parece haber surgido en nuestras sociedades. Noticias falsas que se extienden como la peste por las redes sociales llegando hasta el último rincón de lo social. La primera víctima de esta nueva plaga es la verdad. Por ello, también se dice que hemos entrado en una nueva época, la de la posverdad, donde la verdad ya no es relevante o apenas tiene incidencia en la esfera de lo público. Las *fake news* reinan en una sociedad que, como nos recuerda Marina Garcés, «cínicamente está dispuesta a creer o a hacer ver que cree lo que más le conviene en cada momento» (2017, p. 9). Para la pensadora catalana, vivimos en una sociedad que podría caracterizarse como un «régimen social, cultural y político basado en la credulidad voluntaria» (2017, p. 8). La posverdad inaugura una época curiosa en las sociedades occidentales. Los individuos ya no luchan por descubrir la verdad, sino que ansían la mentira. En nuestras sociedades se prefiere vivir en la oscuridad del engaño a tener que enfrentar el resplandor cegador de la verdad. Ante semejante catástrofe cultural, la autora catalana reivindica repetir el gesto de la Ilustración radical para emprender «un combate contra la credulidad» (2017, p. 9).

Europa tiene marcado en su historia aquel momento en el que los individuos asumieron como tarea fundamental enfrentarse a las creencias irracionales, la autoridad incuestionable de las tradiciones y la servidumbre a unas escrituras sagradas. Conocemos ese periodo como Ilustración, pero podríamos igualmente señalarlo como la época en la que se inauguró el combate contra la credulidad. La Ilustración hizo de la razón y del pensamiento su mayor instrumento de lucha contra el imperio de la sinrazón y las falsas creencias. Y si los intelectuales son, como afirma Le Goff (1996), aquellos que hacen del pensamiento su oficio, podemos decir que la Ilustración fue un movimiento liderado por intelectuales contra la falsedad y en favor de la verdad. Los intelectuales de ayer nacieron combatiendo la falsedad, la mentira, y la confianza ciega en la autoridad. El combate contra la credulidad es históricamente paralelo a la aparición de los intelectuales. De alguna manera, se podría decir que los intelectuales son la imagen invertida de las *fake news*: si llamamos *fake news* a la difusión de noticias falsas, los intelectuales son en contraposición aquellos que difunden la verdad en la sociedad. No debería de extrañar entonces que, cuando mayor fuerza empiezan a tomar las *fake news*, la cuestión de los intelectuales vuelva a emerger con renovado vigor.

Es el caso de un reciente libro escrito por Ignacio Sánchez-Cuenca (2016a). En el ensayo que lleva por título *La desfachatez intelectual: intelectuales y escritores ante la política*, el profesor de ciencias políticas ha querido poner en el centro del debate el papel que

algunos intelectuales han jugado y siguen jugando en nuestra sociedad. La figura del intelectual ibérico postfranquista, en su mayoría escritores, que ha ocupado la escena pública durante la transición hasta nuestros días, constituye el motivo principal de sus reflexiones. Para el autor del libro éstos no aportan una reflexión seria y serena sobre las grandes cuestiones que deberían de interesar a la opinión pública y que sus plumas deberían de ayudar a informar y formar. En su lugar, ayudan a la difusión de creencias poco infundadas y opiniones erróneas a través de una escritura poco rigurosa con la verdad y la realidad de las cosas. Se les reprocha la poca consistencia de los argumentos que utilizan y un desconocimiento casi patológico de los temas que tratan. Nuestros intelectuales, en lugar de participar en la discusión pública que facilita la clarificación de las cosas complejas, ayudan a enturbiar el debate. Lejos de dar continuidad a ese combate iniciado en la Ilustración, parecen haberse convertido en embajadores de las *fake news* o funcionarios a las órdenes del imperio de la posverdad.

## II

A mi entender, el libro de Sánchez-Cuenca ha puesto en el centro del debate una vieja cuestión. Con su denuncia el autor abre la interrogante sobre el papel que cumplen y deben cumplir los intelectuales. Este problema abre el camino para plantear otra serie de cuestiones colindantes: ¿qué es lo que hace del intelectual un intelectual? ¿cómo identificar a los intelectuales de los farsantes o de quienes pretendiendo ser intelectuales, no hacen más que extender falsedades en la sociedad? ¿dónde encuentra el intelectual la autoridad que lo permite presentarse como juez de jueces? Cuando se pone en cuestión la figura del intelectual emergen preguntas sobre quién está autorizado a decir la verdad, por qué la dice y en qué condiciones puede decirla.

Si hay algo que caracteriza a los intelectuales contra los que se bate Sánchez-Cuenca es su estilo en la escritura. Lo califica como una escritura «mezcla de frivolidad en los contenidos y prepotencia en las formas estilísticas» que «sirve para disfrazar ocurrencias y argumentos poco informados y mal contruidos» (2016b). Esta denuncia sobre el estilo de estos intelectuales es otra forma de fijar la mirada en el contenido del discurso de los intelectuales. Su crítica se ancla fuertemente en la pobreza de esos contenidos. No tanto en relación a lo que deberían o no deberían de decir, sino a su valor. Para Sánchez-Cuenca estos intelectuales no se apoyan sobre el conocimiento para construir sus discursos, sino en la creencia y la desinformación. No batallan por la verdad, no se esfuerzan ni se afanan en la búsqueda de la verdad, sino que acomodan en sus propias opiniones faltos de una base sólida que los respalde, de una verdad que los sostenga. Los intelectuales a los que denuncia, desconocen la verdad de los temas que tratan, y por ello, sus discursos no pueden ser otra cosa que discurso vacío, un discurso falso.

De aquí se deriva una cuestión sobre la relación de la verdad que enuncia el intelectual y el saber sobre el que se sustenta. Parece inferirse de lo que nos dice Sánchez-Cuenca que hay una línea de demarcación que distingue al verdadero intelectual del pseudointelectual. Y la frontera que marca el paso de uno al otro no es otro que el conocimiento sobre el que se fundamenta su discurso. El falso intelectual habla de la verdad, pero en realidad la desconoce. Y ello se presenta como una marca distintiva que debería de excluirlo, sino del universo de los intelectuales, si de aquellos que tienen el derecho a tomar la palabra en el espacio público. Lo que imprime el derecho y la autoridad de hablar a la sociedad se fundamenta sobre el correcto conocimiento o el desconocimiento de la realidad que se pretende enunciar.

### III

La cuestión del intelectual es un problema que puede ser abordado desde múltiples perspectivas. Por eso, lo primero que quisiera hacer es acotar el problema para definir antes de nada los términos en los que será tratado en las siguientes páginas. Me gustaría abordar esta cuestión partiendo de la polémica que en los años 80 atravesó la sociedad francesa en torno a los intelectuales. Mi intención es retomar el debate que emergió en ese contexto para a través de ella tratar de sacar a relucir los elementos y problemas que están vinculados al ejercicio de decir la verdad a la sociedad en tanto que intelectual. De esta manera esperamos poder contribuir a dilucidar algunas de las cuestiones que Sánchez-Cuenca ha puesto encima de la mesa y ofrecer algunas reflexiones que puedan ayudarnos a pensar los diferentes elementos asociados a la problematización de la figura del intelectual.

En 1983 estallo una polémica en Francia que más tarde se ha venido a conocer como “el silencio de los intelectuales”. A raíz de un artículo escrito por el que en aquel momento era portavoz del gobierno socialista, Max Gallo, se abre todo un debate sobre la naturaleza y la función del intelectual en la sociedad. En aquel escrito Max Gallo (1983) se lamenta del silencio de algunos intelectuales de izquierdas que, mientras habían sido muy activos en los años previos a la llegada de los socialistas al poder, parecían haber desaparecido cuando más necesario resultaba su presencia. Un momento que se caracterizaba por la irrupción de voces conservadoras cada vez más fuertes que atacaban la acción del gobierno sin cuartel.

El debate iniciado por el artículo del portavoz socialista es continuado por la intervención, directa o indirecta, de escritores, filósofos, profesores, periodistas, pensadores e intelectuales de todo tipo y condición de aquella época. Mi propósito es en centrarme en las intervenciones de Jean-François Lyotard y Maurice Blanchot. El primero, escribió un artículo en 1983 que se hizo muy popular y que lleva por título *La tumba del intelectual*. El escrito de Blanchot fue publicado un año más tarde y lleva el título de *Los intelectuales en cuestión*. Sin embargo, no es tan conocido a pesar de presentarse como una

respuesta directa al texto de Lyotard. Si bien los dos textos tratan de responder a la pregunta del portavoz del gobierno socialista sobre el silencio de los intelectuales, emergen reflexiones que nos hablan de la naturaleza y la función del intelectual en la sociedad.

#### IV

El texto de Lyotard es relativamente breve en comparación con la de Blanchot. Pero es muy directo a la hora de mostrarnos una descripción del intelectual. Para él los intelectuales son:

«espíritus que, situándose en el lugar del hombre, de la humanidad, de la nación, del pueblo, del proletariado, [...] o de alguna entidad de este tipo, es decir, identificándose con un sujeto dotado de un valor universal, describen, analizan desde este punto de vista una situación o una condición y prescriben lo que hay que hacer» (Lyotard, 1983).

La imagen del intelectual que nos propone Lyotard, tiene así dos rasgos fundamentales: por un lado, se trata de un individuo que representa o es capaz de representar en su persona, en su discurso, en sus palabras, a todo un conjunto de individuos. Es portavoz de una universalidad que está contenida en cada uno de los individuos de la sociedad. Por otro lado, y como consecuencia de lo primero, el intelectual interviene en el espacio público como conciencia moral, como la voz que nos indica la conducta correcta. Es decir, su palabra es sinónimo de imperativo moral. El intelectual reúne en su ser al pueblo y su conciencia, su voz y su espíritu.

Estos rasgos hacen que el intelectual se distinga netamente de otras figuras que, por su estatuto dentro de la sociedad y su profesión, también podrían considerarse intelectuales a primera vista. Así para Lyotard el intelectual no es equivalente a ser un artista o trabajador de la cultura. No basta con ser escritor o pintor para ser reconocido como un intelectual. Pero también conviene distinguir al intelectual de los funcionarios del Estado que, a pesar de hacer del pensamiento su oficio o tener como herramienta principal de trabajo el pensamiento, no pueden ser considerados intelectuales. Tanto los funcionarios como los artistas se distancian claramente del intelectual en cuanto no pretenden suplantar el lugar del pueblo o la nación. Su voz no encarna la palabra muda de los de abajo. No hay sujeto universal que justifique su actividad ni que aparezca a través de sus gestos. Para Lyotard los rasgos que caracterizan al funcionario y al artista son de otra naturaleza.

El primero se caracteriza por «ser performativo en el domino correspondiente» (Lyotard, 1983), es decir, por ser eficaz en su trabajo. El funcionario es sobre todo un técnico que por el conocimiento que atesora es capaz de realizar el trabajo que se le encomienda de la manera más efectiva, optimizando los recursos y ejecutando la tarea con vistas a obtener los mejores resultados. El artista, por otro lado, encuentra su esencia

en otro lugar. No se preocupa por la opinión que los ciudadanos puedan tener de su actividad artística. No es indiferente, pero tampoco actúa condicionado por ella. El artista no pretende representar al pueblo, pero tampoco se pliega a sus demandas. El artista, dice Lyotard, «lanza un “mensaje” en el desierto» (1983). No tiene ni público ni juez. Su objetivo es experimentar, no tratar de realizar su trabajo de la manera más eficaz.

La reflexión de Lyotard nos ayuda a profundizar en la caracterización del intelectual y los rasgos que lo diferencian respecto de otras figuras. Así, a pesar de que el intelectual es alguien que se identifica tradicionalmente con la escritura y la formación asociada a las humanidades, deja patente que la profesión no hace al intelectual. Pero tampoco son sus conocimientos del mundo y la realidad lo que autorizan a un individuo ejercer de intelectual en la sociedad. A pesar de que en nuestro imaginario colectivo aparece como una persona bien formada y con conocimientos extensos sobre la naturaleza de la sociedad y el individuo, no es tampoco la condición principal que lo convierte en intelectual. Lo que lo caracteriza es un discurso que interpela a los individuos y que encuentra su fundamento en ideas y valores universales. El intelectual adquiere su autoridad en tanto que portavoz de un pueblo y ejerce una función de guía espiritual.

Para Lyotard esa particularidad del intelectual está íntimamente vinculada con la filosofía de la historia propia de la Modernidad y auspiciada por la Ilustración. Cierta concepción de la historia que permite entender el tiempo organizado, con un origen y una finalidad concreta, y que destierra el azar de su interior. El intelectual solo puede presentarse como portavoz de un pueblo y su guía a condición de ver en esa historia los elementos que lo han hecho emerger y las razones que lo llevarán a un futuro de emancipación. Se presenta como un intérprete de los signos que se encuentran en la historia y que solamente necesitan ser descifrados adecuadamente para alumbrar su verdad. Pero ese mismo vínculo con la historia que lo hace posible, condiciona su existencia. De ahí que para Lyotard no sea posible ejercer de intelectual en una época en la que los grandes relatos que organizaban la Modernidad han caído en desuso.<sup>2</sup>

## V

A diferencia de Lyotard, Blanchot cree que los intelectuales no sólo no han desaparecido, sino que su presencia resulta tan necesaria en la actualidad como lo fue en el pasado. No obstante, no encontraremos en su texto una defensa sin fisuras de la figura del intelectual. No tiene problemas para admitir las dificultades que implica ejercer la tarea del intelectual, las contradicciones que lo atraviesan, y el peligro que lo acecha. El intelectual actúa movido por una necesidad simple: una exigencia de justicia. Pero esa misma

---

<sup>2</sup> A pesar de que la tesis de la desaparición del intelectual es afirmada en su artículo de 1983, la vinculación de los metarelatos con la filosofía de la historia se desarrolla con mayor profundidad en *La posmodernidad explicada a los niños* (Lyotard, 2003).

exigencia puede transformarlos. Puede ocurrir que el intelectual se convierta «en un moralista, un político, incluso un místico [...] en mensajero del absoluto, en el sustituto del predicador, en el hombre superior que se siente tocado por la gracia» (Blanchot, 2003, pp. 77-78).

El intelectual es alguien fácilmente reconocible para Blanchot. Son personas que intervienen en el espacio público para hablar de la Verdad, la Justicia, el Derecho cuando estas son amenazadas por instancias superiores. Pero eso no implica un dominio sobre los asuntos que trata. El intelectual no tiene «un conocimiento mayor de lo que pueda tener el más humilde ciudadano» (Blanchot, 2003, p. 60) que pueda justificar y dar razón de dicha intervención. El intelectual, dice Blanchot, «contradiendo su nombre, a menudo no sabe gran cosa» (2003, p. 86).

Para mostrar este punto, Blanchot recurre al conocido caso Dreyfus. Nos recuerda las palabras que Brunetière dirige a Zola argumentando que no tiene sentido que un escritor se entrometa en asuntos de justicia militar de las que no tiene conocimiento alguno. Estas palabras manifiestan que un escritor no tiene nada que decir sobre un campo del saber que le es ajeno. Aunque se podría formular de otra manera. La intervención de Zola manifestaría que existe algo que, a pesar del espacio de conocimiento dispar que ocupan, les es familiar. Dicho de otra forma, habría un elemento universal que estaría más allá de lo militar y la escritura. Existiría una justicia para todos, independientemente del lugar que se ocupa en sociedad y del conocimiento que se tenga, que estaría siendo puesta en peligro. Una justicia que, al ser para todos, y estar amenazada, justificaría que los intelectuales se sientan comprometidos por ella, apelados por ella como si se trata de su propia causa. De esta manera, la defensa de ideas y valores universales otorga «autoridad suprema a aquellos mismos que reconocen no tener ninguna» (Blanchot, 2003, p. 87).

A la respuesta común que diría que el intelectual es un poeta, escritor o profesor, Blanchot responde que ninguno de ellos lo es. Lo que hace al intelectual no es su profesión, sino el hecho de tomar partido sobre los asuntos del mundo «para juzgar o apreciar lo que se está haciendo en él» (Blanchot, 2003, p. 56). Ahora bien, esto implica un movimiento, un desplazamiento. Se trata de un gesto «que [...] nos aparta momentáneamente de nuestra tarea, [...] [y] nos vuelve hacia lo que se hace en el mundo» (Blanchot, 2003, p. 56). Es decir, el escritor ocupa el lugar del intelectual solamente a costa de cierta renuncia: abandonar la soledad propia del escritor y su fuerza creadora. Es por ello que, para Blanchot, no se puede ser intelectual todo el tiempo ni por completo. El intelectual no solamente toma la palabra a pesar de tener conocimientos muy precarios sobre los asuntos que trata, sino que, además, al hacerlo se ve obligado a pagar un precio.

Para Blanchot el intelectual, por encima de cualquier otra consideración, está marcado por un sacrificio que se da en dos direcciones. Por un lado, cuando toma la palabra renuncia a la seguridad que otorga hablar sobre asuntos sobre los que uno es competente. Asume el riesgo de defender una opinión apoyado únicamente en un saber precario y se expone públicamente a los peligros que ello implica empujado por una

«obligación moral a la que algunos no pueden sustraerse» (Blanchot, 2003, p. 116). Al mismo tiempo, ese gesto lo aleja de la soledad creadora en la que se desenvuelve habitualmente y lo enfrenta al peligro de perder «la palabra espontánea» (Blanchot, 2003, p. 88) propia del escritor y convertirlo en un político o un predicador,<sup>3</sup> sufriendo «un daño quizás irreparable» (Blanchot, 2003, p. 88). Por todo ello, la figura del intelectual que encontramos en Blanchot es indisociable de cierta idea de renuncia, el peligro que asume y el valor que muestra en su gesto.<sup>4</sup>

## VI

Para terminar, quisiera recuperar unas reflexiones de Michel Foucault y ponerlas en conexión con los temas que acabo de comentar. Foucault no participó en el debate público sobre el silencio de los intelectuales, pero sabemos por Didier Eribon (2004, pp. 366-380) que el tema no le era indiferente. Algunas de las entrevistas posteriores también muestran su preocupación sobre el asunto (Foucault, 1999b); (Foucault, 1999a). No obstante, no hay texto o intervención pública en el que aborde de manera directa y extensa el problema. Sin embargo, la presencia de una reflexión sobre los intelectuales en su obra es clara (Fortanet, 2010), sobre todo en algunas de las entrevistas que realizó para analizar la coyuntura histórico y política del momento (Foucault & Deleuze, 2000); (Foucault, 2000). Esa preocupación también puede rastrearse en su obra teórica más tardía sobre la *parrhesia*, el decir veraz, como nos recuerda Frédéric Gros. (Frédéric Gros, 2010, p. 131)

En su último curso en el *Collège de France*, *El coraje de la verdad* (Foucault, 2010), así como en un seminario realizado en Berkeley (Foucault, 2017), el filósofo francés realiza una aproximación al tema de la *parrhesía* comparándolo con otras formas de intervenir en el espacio público para decir la verdad. Dice que en nuestras sociedades hay cuatro modalidades de decir la verdad: la modalidad del profeta, la del sabio, la del profesor y, finalmente, la modalidad del parresiasta. El profeta es alguien que habla «en cuanto portavoz, en cuanto representante de algún otro: es el portavoz de un ser poderoso que actualmente está fuera de nuestra vista. El papel profético implica una referencia a otra realidad» (Foucault, 2017, p. 103). Su característica principal es que se presenta como un mediador. Esa mediación no se ejerce solamente entre nuestro mundo y otro que se ubica en un más allá lejos de nuestro alcance, sino que también tiene lugar en relación a la historia: el profeta «se sitúa entre el presente y el futuro [...] es quien devela lo que el tiempo sustrae a los hombres y lo que ninguna mirada humana podría ver,

---

<sup>3</sup> Para ver la relación y las diferencias que establece Blanchot entre la escritura propia del escritor y otras formas de escritura, como la del intelectual comprometido con la política, véase *La comunidad descalificada* (Nancy, 2015) y *Maurice Blanchot, passion politique: lettre-récit de 1984 suivie d'une lettre de Dionys Mascolo* (Nancy, Blanchot, & Mascolo, 2011)

<sup>4</sup> Para un análisis en profundidad sobre la relación entre la noción del intelectual de Blanchot y su vínculo con el peligro y el valor véase *Práctica del intelectual más allá del saber: Lyotard, Foucault, Blanchot* (Quintana Domínguez, 2018)



ningún oído humano podría escuchar sin él» (Foucault, 2010, p. 34).

El sabio comparte algunas características comunes con el parresiasta. Tanto el primero como el segundo hablan en nombre propio, y esto los diferencia netamente del profeta. Pero lo que caracteriza propiamente al sabio es su silencio. No está obligado a comunicar la verdad que conoce, ni compartir la sabiduría que atesora. El sabio es el que «mantiene su sabiduría en un retiro o, al menos, una reserva que es esencial» (Foucault, 2010, p. 36). Y cuando rompe ese silencio, a menudo lo hace para comunicar una verdad en forma de acertijo o enigma que necesita ser descifrado perpetuando así el mutismo de su verdad. A diferencia de lo que ocurre con el profeta, su discurso no habla de lo que ocurrirá, no anuncia una verdad por venir. El sabio habla para decir la verdad del «el ser y la naturaleza» (Foucault, 2010, p. 41).

En tercer lugar, tenemos al profesor. Este también habla en nombre propio como en el caso del sabio. Pero a diferencia de él, lo que dice no es algo que «solo él conoce» (Foucault, 2017, p. 103). El profesor «dice cosas que ya se conocen, ya se aceptan y se reciben en la sociedad» (Foucault, 2017, p. 103). Su conocimiento es el del *savoir-faire*, un conocimiento que se traduce en la destreza y la habilidad para hacer cosas. El profesor es quien dice la verdad sobre la técnica. Además, tiene cierta obligación de hablar que lo diferencia del sabio. El profesor está entregado a la enseñanza de conocimientos que le preceden y debe transmitir a los que vienen después de él. Su discurso «anuda o, en todo caso, espera o desea a veces anudar entre sí mismo y quien o quienes lo escuchan un lazo, lazo que es el del saber común, de la herencia, de la tradición» (Foucault, 2010, p. 40).

Por último, tenemos al que dice la verdad como parresiasta. Este se diferencia del profeta porque habla en nombre propio. «Dice exactamente cuál es su opinión, es su propio portavoz» (Foucault, 2017, p. 104). Y aunque este rasgo lo acerca también al sabio, encontramos una diferencia fundamental entre ambos: existe una obligación de decir la verdad en el parresiasta que está ausente en el sabio. Como ya hemos mencionado, el sabio no tiene por qué hablar, «puede guardar silencio, y a menudo ese silencio es el mejor signo de su sabiduría» (Foucault, 2017, p. 104). Por el contrario, el parresiasta, «su deber, su obligación, su responsabilidad, su tarea, consiste en hablar, y no tiene derecho a sustraerse a esa misión» (Foucault, 2010, p. 37). Su actitud respecto a los demás lo sitúa en una posición activa que, como en Sócrates, hace de él «el interpelador incesante, permanente, insoportable» (Foucault, 2010, p. 37).

A pesar de esa responsabilidad de hablar que pesa sobre el parresiasta, su figura tampoco es idéntica a la del profesor. Si bien es verdad que éste habla y dice la verdad a los otros, y en cierta manera está obligado a ello, la verdad que enuncia no implica ningún riesgo para su persona. El profesor dice la verdad, pero cuando ésta sale de su boca no provoca en sus oyentes un rechazo, no se abre una distancia respecto a ellos, pues su discurso «establece una filiación en el orden del saber» (Foucault, 2010, p. 40). Su discurso «une y enlaza» (Foucault, 2010, p. 41). Por el contrario, cuando el parresiasta dice la verdad corre el riesgo de romper el lazo con su interlocutor, asume el riesgo de ser

rechazado por aquello que dice, acepta que sus palabras puedan tener como consecuencia la hostilidad de quienes tiene en frente. El parresiasta «Afronta el poder, se opone a la mayoría o a la opinión pública» (Foucault, 2017, p. 104). De ahí que su decir veraz exija cierto coraje y sea, al mismo tiempo, una muestra de valentía. Su discurso no solamente dice una verdad, sino que dice una verdad incómoda, una verdad que cumple una función crítica respecto del medio en el que se inscribe.

## VII

Las cuatro figuras descritas por Foucault (el profeta, el sabio, el profesor, el parresiasta) encuentran claras resonancias con los diferentes personajes que hemos visto desfilar en las reflexiones de Lyotard y Blanchot acerca del intelectual. Ese portavoz de la universalidad del que habla Lyotard no se diferencia mucho de la figura del profeta que nos presenta Foucault, y se acerca en muchos puntos a la descripción realizada por Blanchot. Asimismo, el artista mencionado por Lyotard que experimenta indiferente a lo que digan los demás, guarda claros parecidos con ese silencioso sabio inmune a la obligación de responder a los otros descrito por Foucault y que, además, tiene la costumbre de pronunciarse con fórmulas enigmáticas. Y el funcionario público del que habla Lyotard nos recuerda a la caracterización del profesor hecha por Foucault. Tanto en un caso como en otro, se trata de alguien marcado por poseer ese conocimiento práctico imprescindible para el buen funcionamiento de la sociedad.

Blanchot y Lyotard coinciden claramente en desprender al intelectual de cualquier filiación con su profesión. El conocimiento no es lo que identifica al intelectual. Pero Blanchot menciona otro rasgo distintivo del intelectual que no encontramos en Lyotard: el riesgo. Para Blanchot, si bien el intelectual se delata por sus discursos recurrentes en defensa de valores universales, es el riesgo que asume lo que lo convierte en intelectual y lo destaca de sus semejantes. En este punto encontramos una línea de unión con las ideas de Foucault sobre el parresiasta, que también asume un riesgo al hablar. Ambos se enfrentan a un peligro que necesita por parte de quien ejerce esa actividad cierto coraje. El valor que muestran con su gesto es aquí lo que por encima de cualquier otra consideración nos permite identificarlo como lo que es.

Foucault dice que la figura del parresiasta no tienen una traducción pura en la realidad. Es decir, a pesar de que pueda establecerse una distinción clara entre el parresiasta y los demás personajes como el profeta, el sabio o el profesor, en la historia pueden aparecer encarnados por hombres y mujeres que ejercen simultáneamente esos diferentes papeles. Así, es más fácil encontrarse con individuos que en su actividad de decir la verdad a la sociedad incorporan en su práctica rasgos propios del profeta y del parresiasta. No resultan incompatibles el discurso mesiánico con el ejercicio de una función crítica y valerosa. De la misma manera que tampoco lo es dedicarse a la enseñanza y la transmisión de los conocimientos y eventualmente decir verdades que incomoden al

orden establecido. Si Kant representa para Foucault el ejemplo de esa mezcla entre la figura del profesor y el parresiasta, Sócrates conjuga en su persona al sabio y al parresiasta.

Quizás por eso que sea tan fácil identificar al intelectual con quien pronuncia un discurso de corte mesiánico. Y quizás por eso también, cuando se trata de reflexionar sobre el intelectual y su naturaleza, sea recurrente la necesidad de diferenciarlo tanto del artista como del experto y sus conocimientos, como lo hacen Lyotard y Blanchot. Como nos recuerda Blanchot, el intelectual siempre corre el peligro de convertirse en un profeta y creerse poseedor de una verdad absoluta erigiéndose en juez de los valores más nobles como la Justicia y la Libertad. Así se comprende la tentación de reclamar el título de intelectual sólo para aquellos que poseen un conocimiento experto, como lo vemos en Sánchez-Cuenca. A la vista de lo que nos sugiere Foucault quizás podríamos decir que, para no ser simplemente un predicador moral, un profeta, un sabio o un profesor, el intelectual tiene que poner en peligro su persona al enfrentarse al orden establecido asumiendo un riesgo y mostrando cierto coraje. Y quizás, de esta manera, el intelectual pueda recuperar aquella actitud crítica tan característica de la Ilustración que le permita combatir las *fake news* y el imperio de la posverdad.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arranz, M. (2003). Blanchot. La literatura y la muerte. En *Los Intelectuales en cuestión: esbozo de una reflexión* (pp. 9-46). Madrid: Tecnos.
- Blanchot, M. (2003). *Los Intelectuales en cuestión: esbozo de una reflexión*. (M. Arranz, Trad.). Madrid: Tecnos.
- Eribon, D. (2004). *Michel Foucault*. Barcelona: Anagrama.
- Fortanet, J. (2010). Dos modos de concebir la labor intelectual: Foucault y Rorty. *Isegoría*, (42), 215-229. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2010.i42.692>
- Foucault, M. (1999a). El cuidado de la verdad. En Á. Gabilondo (Trad.), *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales*. (Vol. 3, pp. 369-380). Barcelona: Paidós.
- (1999b). Estructuralismo y postestructuralismo. En Á. Gabilondo (Trad.), *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales*. (Vol. 3, pp. 307-334). Barcelona: Paidós.
- (2000). Verdad y poder. En Fernando Alvarez-Uría & Julia Varela (Trads.), *Estrategias de poder. Obras esenciales*. (Vol. 2, pp. 41-55). Barcelona: Paidós.
- (2010). *El coraje de la verdad: el gobierno de sí y de los otros II. Curso en el Collège de France (1983-1984)*. (Frédéric Gros, Ed., H. Pons, Trad.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2017). Discurso y verdad. Seminario dictado en la Universidad de California en Berkeley, octubre-noviembre de 1983. En H. Pons (Trad.), *Discurso y verdad: conferencias sobre el coraje de decirlo todo (Grenoble, 1982 / Berkeley, 1983)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Foucault, M., & Deleuze, G. (2000). Los intelectuales y el poder. En F. Alvarez-Uría & J. Varela (Trads.), *Estrategias de poder. Obras esenciales*. (Vol. 2, pp. 105-115). Barcelona: Paidós.
- Gallo, M. (1983, julio 26). Les intellectuels, la politique et la modernité. *Le Monde*. Recuperado de [http://www.lemonde.fr/archives/article/1983/07/26/les-intellectuels-la-politique-et-la-modernite\\_2837523\\_1819218.html](http://www.lemonde.fr/archives/article/1983/07/26/les-intellectuels-la-politique-et-la-modernite_2837523_1819218.html)
- Garcés, M. (2017). *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.
- Gros, Frédéric. (2010). La parresía en Foucault (1982-1984). En *Foucault, el coraje de la verdad* (pp. 131–140). Madrid: Arena Libros.
- Le Goff, J. (1996). *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona: Gedisa.
- Liotard, J.-F. (1983, octubre 8). Tombeau de l'intellectuel. *Le Monde.fr*. Recuperado de [http://www.lemonde.fr/archives/article/1983/10/08/tombeau-de-l-intellectuel\\_2832081\\_1819218.html](http://www.lemonde.fr/archives/article/1983/10/08/tombeau-de-l-intellectuel_2832081_1819218.html)
- (2003). *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa.
- Nancy, J.-L. (2015). *La comunidad descalificada*. Madrid: Avarigani.
- Nancy, J.-L., Blanchot, M., & Mascolo, D. (2011). *Maurice Blanchot, passion politique: lettre-récit de 1984 suivie d'une lettre de Dionys Mascolo*. Paris: Galilée.
- Quintana Domínguez, I. (2018). Práctica del intelectual más allá del saber: Lyotard, Foucault, Blanchot. *Isegoría*, 0(59), 425-446. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2018.059.04>
- Sánchez-Cuenca, I. (2016a). *La desfachatez intelectual escritores e intelectuales ante la política*. Madrid: Catarata.
- (2016b, febrero 28). «La desfachatez intelectual». *infoLibre.es*. Recuperado de [https://www.infolibre.es/noticias/politica/2016/02/27/desfachatez\\_intelectual\\_45619\\_1012.html](https://www.infolibre.es/noticias/politica/2016/02/27/desfachatez_intelectual_45619_1012.html)